



LA SANTA IGLESIA CATOLICA... Y LA VIDA ETERNA

(V Semana – Cuaresma 2013)

Jesús llamó a la conversión a aquellos con los que se encontró, invitándolos a creer en Él. Reunió a los doce discípulos y los «estableció» como signo embrionario del nuevo Israel, es decir, de un nuevo pueblo de Dios que debía abarcar al antiguo. Tras su resurrección, restauró la comunidad de sus discípulos, deshecha por la prueba de su muerte. Después de la resurrección los envía definitivamente en misión al mundo entero, es decir, en una misión que va más allá de los límites del pueblo judío y se dirige igualmente a los paganos.

El don del Espíritu que viene a completar la donación de Jesús a los suyos constituye el nacimiento público de la Iglesia. Antes de Pentecostés, según los Hechos de los Apóstoles, la comunidad de los discípulos es todavía una comunidad encerrada en sí misma, que no aparece a plena luz del día. A partir de entonces todo cambia, las puertas se abren. La Iglesia es definitivamente «alumbrada»: empieza a expresarse y proclamarse en la libertad y la franqueza de los hijos de Dios, ofreciendo ya un signo de la universalidad de su misión.

Este doble acontecimiento, realizado por Cristo y el Espíritu, que da nacimiento y constituye a la Iglesia, se inscribe en la historia como algo único e irrepetible. Ese doble don es el don irreversible de Dios a los hombres. El don de Dios, acontecido una vez por todas, permanece siempre actual y *se comunica incesantemente*. Así pues, la gran tarea de la Iglesia institucional consiste en ser siempre *transparente* al acontecimiento que la constituye.

Entre la resurrección de Jesús y la resurrección final de la carne está pues el tiempo de la Iglesia, signo vivo de estas dos resurrecciones. Ésta vive ya de la resurrección de Cristo como de una realidad presente (Col 2,12-13; Ef. 2,6). Pero aguarda también la resurrección universal como un futuro esperado en la fe (Rom. 6,5-8). Entretanto, la Iglesia, cuerpo «místico» y social de Cristo, es un cuerpo de resurrección al servicio de la comunión y de la unidad de todos los hombres. La resurrección de Jesús abre a una realización de la salvación que va de su cuerpo a los nuestros, con objeto de conducirlos a la resurrección final. Ella es la *promesa en acto de la resurrección de la carne*. «Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primicias de los que mueren» (1Cor 15,20). Es claro que no podemos creer en estas promesas si no es en virtud de la venida de Cristo, de su vida, de su muerte y de su resurrección. En el mensaje cristiano la fe en la resurrección de Jesús lo determina todo. Ella es la que nos permite *esperar*. Porque las cosas del fin son al mismo tiempo objeto de fe y objeto de esperanza.

La esperanza es la virtud cristiana que corresponde a lo que la experiencia común llama *expectativa*. La expectativa de un futuro mejor la tenemos arraigada en el cuerpo desde que somos niños, con todos los proyectos de futuro que nos hacemos, y condiciona nuestra existencia más cotidiana. El hoy es intolerable cuando no se puede esperar nada del mañana. Pierde todo sentido, simplemente porque carece ya de dirección. Un hombre desesperado es un ser que no tiene ya con que orientar su existencia.

La vida eterna será la plena manifestación de lo que está ya aquí presente y oculto. Consistirá en participar en la vida misma de Dios, es decir, en tomar parte en el intercambio amoroso de las tres personas divinas: por el don del Espíritu, viviremos plenamente como hermanos del Hijo e hijos del Padre. La diferencia con el tiempo presente es que *veremos* a Dios cara a cara. Entre personas espirituales la comunión de vida pasa por el intercambio constante del conocimiento y el amor. Sabemos el lugar que ocupa en estos intercambios vitales el hecho de ver al ser amado. El ver, como el oír y el tocar, son necesarios porque somos corporales. Pero lo que pasa con los órganos de los sentidos se puede aplicar también a un ver, a un escuchar y un tocar espirituales. Conocer a Dios y vivir de su vida se resumen en el hecho de verlo. Veremos a Dios y el «reino de Dios» congregado en torno al Hijo resucitado en la gloria del Padre.